



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

25 de Setiembre de 1871.

NUM. 3.

TRADICIONES ARTISTICAS RELIGIOSAS ESPAÑOLAS.

EL ESCULTOR Y LA REINÁ.

(Nuestra Señora de la Soledad de Madrid.)

(1563.)

En el año de 1837 se alzaba en Madrid, en la Carrera de San Gerónimo, en el vastísimo terreno donde hoy se ostentan las magníficas casas de Mariategui, el desierto pasaje de Matheu y toda la calle de Espoz y Mina, con sus espléndidas tiendas de sedería y géneros de moda, un suntuoso templo que siglos antes la piedad de los fieles había alzado á la imagen de la Soledad, y que fué el primero que se entregó á la piqueta y al martillo demoledor, cuando por efecto de la supresion de las órdenes religiosas en España, se acordó el derribo de varios conventos.—Fué fundado aquel convento por el P. Fr. Juan de la Victoria, provincial de los Mínimos de San Francisco de Paula, con la especial proteccion y grandes auxilios pecuniarios que dió el rey Felipe II en el año de 1561, año en que trasladó definitivamente la córte á Madrid, y donde desde entonces no ha vuelto á mudarse.

En la solemne procesion que todos los años se celebra en la tarde del Viernes San-

to en Madrid, y en la que se presentan magníficas obras de escultura, debidas al pincel de Alonso Cano, Berruguete y Berra, esos grandes genios, gloria de las artes españolas, es llevada devotamente en hombros de los hermanos de la Congregacion de la Soledad, una bellissima imagen de la Virgen, obra maestra del arte, á la que se halla unida una piadosa y popular tradicion.

Se levantó el convento de Nuestra Señora de la Soledad en lo que entonces era el confin, lo último de la poblacion, y donde empezaban grandes viñas y olivares.

En aquel templo una comunidad de religiosos Mínimos de San Francisco de Paula, tributaban dia y noche continuo y piadoso culto á la Madre del Redentor en los momentos de su soledad y tribulacion.

Allí acudia el religioso pueblo de Madrid á orar ante aquella imagen que habia hecho labrar una reina, que en medio del esplendor del trono habia sentido pesar sobre su corazon la mano terrible del dolor, porque Dios tambien ha reservado la tristeza y amargura para el corazon de los reyes.

Aquella reina era una jóven hermosa que habia venido desde Francia para casarse con un principe bello, alegre y en la

flor de su edad, y que á su llegada tuvo que dar su mano á un rey anciano, de genio inflexible, de carácter sombrío, al tétrico Felipe II.

Aquella reina, á quien la historia y poetas han presentado cual una agostada y marchita flor, consumida por su burlado amor al príncipe D. Carlos, murió á muy poco tiempo de haber bajado al sepulcro aquel príncipe, condenado por la severa justicia de su padre, y cuyo género de muerte es aun hoy un objeto de duda para la historia, como lo fué entonces de escándalo para el mundo.

La reina Isabel de Valois quiso construir una imágen de la Virgen de la Soledad, de quien era especialísima devota. Muchos y famosos artistas habia entonces en la córte del rey Felipe II, ese rey que levantó á las artes en los campos de Castilla el suntuoso monasterio del Escorial, esa octava maravilla del mundo. Dedó entre los grandes escultores de aquella época á quien encomendar la ejecucion de la imágen de la Virgen la piadosa reina. Su caballero mayor don Fadrique de Portugal le habló con la mayor insistencia recomendando á un jóven escultor que, á pesar de sus pocos años, se habia ya hecho notable, y que escitaba la admiracion de la córte con una grande obra que acababa de construir, y en la que se veia un grande prodigio del arte. Esta obra, que aun pueden contemplar nuestros lectores, es el magnífico retablo del altar mayor del convento de las Descalzas reales en Madrid.

El célebre escultor, que apenas contaba treinta y seis años de edad, era Gaspar Becerra, no menos excelente pintor que arquitecto, que habia nacido en Baeza en 1520, oyendo los grandes progresos que Berruguete habia hecho en Roma, marchó allí muy jóven todavía, á estudiar los soberbios monumentos de aquella antigua metrópoli de las artes, á recorrer sus museos y recibir las lecciones de sus célebres profesores: allí se casó con una española, Paula Velazquez, natural de Tordesillas; y habiendo adelantado prodigiosamente en las tres nobles artes, la pintura, la arquitectura y la escultura, volvió á España, donde el rey Felipe II, que sabia distinguir el mérito de los grandes artistas, le llamó, ocupán-

dole en varios trabajos del alcázar de Madrid y en el palacio del Pardo, nombrándole su pintor en 1563. No habia nadie que le hubiese escedido en la escultura.

En el mismo año en que fué nombrado pintor de Cámara, recibió el jóven Becerra el encargo de la reina Doña Isabel de la Paz de ejecutar la esfigie de la Virgen de la Soledad.

Diósele habitacion en el convento de los Mínimos de San Francisco de Paula, y allí inspirado artista, retraido del mundo, empleó todo un año de meditacion y desvelos, apurando los recursos de su arte y presentando una imágen tan peregrina, que fué el asombro de los religiosos que primeramente la vieron, la admiracion de los no conocedores y el orgullo de los artistas, que reconocian su mérito y grandeza.

Fué la reina Isabel á admirar aquella escultura, obra maestra del arte, y cuando todos esperaban verla participar de la general satisfaccion de asombro, la reina no quedó contenta de aquel trabajo, quizá porque en su corazon una voz oculta y poderosa la anunciaba que aquella imágen seria venerada con el tiempo como obra en que se habia dejado ver palpablemente la intervencion de la mano divina.

Isabel de la Paz mandó á Becerra que volviese á hacer otra esfigie, pues aunque aquella era magnífica al parecer de todos los inteligentes, no llegaba á la que ella habia concebido y que queria ser un retrato digno de la Reina de los Angeles, manifestándole, que si no alcanzaba mas su talento, y se hallaban apurados los recursos de su genio, con sentimiento suyo encargaria la realizacion de su idea á otro artífice.

Becerra, acostumbrado á ver celebrar sus obras, y en cuyos oidos resonaban todavía las alabanzas de los primeros escultores de la córte de Felipe II, devoró en silencio la vergüenza de haber puesto en duda su habilidad, y en comparacion su inteligencia. Hizo callar la voz de su orgullo, y respetando el juicio de la reina, se preparó á cumplir sus órdenes.

Trabajó con afan en su taller, y encomendó á los religiosos de San Francisco de Paula, orasen por él para que el cielo dirigiese su cincel.

En breve concluyó otra efigie de la Virgen de la Soledad el célebre artista.

Si la primera habia escitado la admiracion, la segunda produjo un verdadero entusiasmo en el mundo inteligente y artístico. Imposible parecia que tan acabada obra no llenase los deseos de la reina Isabel.

Firme en su idea, desechando el juicio de los inteligentes, desoyendo las universales alabanzas, todavía la reina, aunque admirando la belleza de aquella nueva imágen, no la creyó digna de que representase en su convento predilecto de San Francisco de Paula á la desconsolada Madre de Jesus.

Mandó por tercera vez á Gaspar Becerra labrarse una nueva imágen. Atribulado, lleno de confusion, y mas por obedecer al mandato de la reina que creyendo ya poder complacerla el infeliz artista, buscando fuerzas en lo interior de su alma y encomendándose fervorosamente al cielo, se dedicó á la difícil tarea que le habia impuesto la reina.

Antes de coger nuevamente el cincel pasó largas noches de insomnios meditando en su obra, consultando por el dia cuantos modelos creia dignos de tenerse en cuenta.

En una noche de invierno en que se agolpaba el sueño á sus cansados párpados, y en que trataba de conciliar el descanso de que tanto necesitaba su abatido espíritu, resuelto en su desesperacion á abandonar su empresa, arrojó á la chimenea un tronco, que aun guardaba para labrar con él su imágen, y que ya creia inútil conservar despues de tantas vanas tentativas.

Durante su sueño, es piadosa tradicion que una sombra representando la Madre del Salvador en los momentos de su terrible afliccion y soledad cruzó por delante de sus ojos, y resonaron en su oido estas palabras:

«Despierta, levántate, y en ese grueso tronco que arde en el fuego esculpe tu idea, y conseguirás sacar la imágen que desea la reina.»

Despertó sobresaltado el acongojado artista, y considerando aquel sueño como un aviso del cielo, sintió renacer la confianza en su pecho y arder la inspiracion en su

mente. Lleno de fé sacó el leño de las brasas, y sin aguardar al dia siguiente comenzó en aquella misma noche á labrar la efigie, cuyo milagroso original creia haber visto en una misteriosa aparicion durante su sueño.

La fé religiosa y el genio del escultor convirtieron aquel tronco medio quemado en una obra tan estupenda del arte, en una imágen tan bella, que al verla la reina Isabel quedó contenta y admirada, espresando su satisfaccion por ver fielmente traducida su idea por el célebre artista. Re-compensóle generosamente y regaló la imágen al convento de San Francisco de Paula en el año 1565.

Cinco años mas tarde, en 1570, el célebre artista Gaspar Becerra moria en Madrid, y la comunidad de religiosos Minimos de San Francisco de Paula ofrecia siete piés de tierra para su sepultura, inmediata á la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, al célebre artista que habia labrado tan portentosa imágen.

Hoy ha desaparecido el convento de San Francisco de Paula, donde se han perdido los restos del grande artista, que dejó muchos y dignos discípulos y bellisimas obras que le hacen inmortal, particularmente en Castilla, Zaragoza y Granada.

El vandalismo de la revolucion lo ha reducido todo á polvo. Ha desaparecido hasta el nombre, hasta el recuerdo local de este convento.

Mientras que hoy el arqueólogo se fatiga en analizar las ruinas etruscas ó pelásgicas, y se estasia ante el menor fragmento de una via romana, en breve se ignorará casi el sitio y el nuevo destino de estas ilustres necrópolis de la virtud y de la ciencia cristiana, de que cada una tiene su historia llena de méritos y servicios dignos de un eterno recuerdo.

*Vix reliquias, vix nomina servans
Obruitur, propriis, non agnoscenda ruinis.*

Esta imágen de Nuestra Señora de la Soledad, despues de haber sido demolido su convento, ha encontrado un modesto asilo en la capilla de San Isidro el Real de Madrid, pero tan reducido y oscuro, que si bien basta para satisfacer á la religiosa piedad de los que van á implorar su proteccion divina, priva á los inteligentes y

amantes de las bellas artes de contemplar bien uno de los mas bellos productos de la escultura cristiana de que puede envanecerse nuestra España.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL HASTÍO.

SONETO.

Ni me place mirar el sol, la luna,
Ni el espléndido azul del firmamento,
Ni de la brisa el perfumado aliento,
Ni la flor que se mece en la laguna.
Ni me halaga el amor, ni la fortuna,
Y la pompa mundana y su contento
Nunca podrán fijar mi pensamiento,
Que todo en este mundo le importuna.
Ni tampoco calmar pueden mi duelo,
Ni de mi corazón la desventura,
Ni apartar de mi frente el hado impío,
Que tan grande favor me niega el cielo,
Y lleno ya mi pecho de amargura,
Moriré devorada del hastío.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

VALENCIANOS CÉLEBRES.

EL ESCULTOR DON JOSE PIQUER.

No hace aun un mes que los periódicos de noticias anunciaban el fallecimiento del escultor D. José Piquer á consecuencia de una pertinaz afeccion de garganta. La prensa toda ha consagrado el postrer elogio á que tan distinguido varon era acreedor. Nosotros debemos tributar tambien á nuestro ilustre paisano nuestro humilde pero sincero recuerdo.

Escribir la vida de Piquer requiere un concienzudo exámen y una estension que no podemos dar á los estrechos límites de un artículo.

Piquer nació en Valencia en 1806, y como nadie es profeta en su patria, necesitaba respirar otra atmósfera para que se formara su genio, para que se desarrollara en él lo que mas tarde le colocó en la línea de los primeros, en el noble arte que profesaba. Pasó á Madrid en 1830, y trabajando en el estudio del escultor de cámara D. Vicente Hermosa, muy en breve sobrepujó á su maestro, que le dijo un dia, declarándole emancipado de su direccion:—«Trabaja, el

porvenir es tuyo.»—Pintor y escultor á la vez, porque en lo primero tambien descolló,—así empezó su carrera.

En alas de su amor á la gloria se trasladó á Méjico en 1836, en donde despues de pasar por algunas vicisitudes, produjo su pincel lienzos tan notables, como las *cuatro mugeres fuertes* de la Biblia, que aun se conservan en la iglesia de Santa Clara de Méjico. Como escultor, dejó allí un *Cristo* colosal, que aun constituye el orgullo de los naturales de aquel pais.

El triunfo mas brillante en la carrera artística de Piquer, es su famoso *San Gerónimo*, trabajado en solo nueve dias, que en París, presentado en una esposicion en que rivalizaban los artistas mas notables de la época, mereció los unánimes elogios de la prensa toda, y que el nombre de su autor traspasara los Pirineos orlado con el laurel del genio.

Su celebridad le conquistó el puesto de primer escultor de cámara de Doña Isabel II, la que dispuso además que se refundiese en bronce el San Gerónimo para colocarlo en el Museo donde hoy existe.

Muchas son las obras de Piquer como pintor y escultor, si bien la escultura era su arte predilecto, notables todas ellas por varios conceptos; pero las que elevaron á la meta su reputacion, son: el *San Fernando*, que posee Barcelona, la estatua de *Isabel II* del Congreso, la de *Colón* en Cárdenas, el mausoleo del general Espoz y Mina en Pamplona, el grupo de la *Trinidad* que existe en el Cármen de Madrid, la *Soledad* de la real capilla, un *San José* y una *Virgen* del Cármen en la Catedral de Santiago, los santos *Juan, Antonio, José é Ignacio* de Loyola en la de Tolosa, y otras muchas que seria prolijo enumerar.

Solo Valencia, su patria, no posee ningun producto de su talento. Años atrás, un municipio presidido, si no nos es infiel la memoria, por D. Francisco de Llano, proyectó levantar una estatua ecuestre al conquistador D. Jaime I de Aragon, al que arrancó la perla del Guadalaviar del poder de los musulmanes. Dicha estatua tenia que colocarse en la plaza del Príncipe Alfonso, hoy de Mendizábal, y hasta se llegó á construir el pedestal sobre el que tenia que descansar. Piquer se ofreció á trabajar dicha estatua; ignoramos las causas por qué no se realizó; pero lo cierto es que se abandonó el proyecto, y Valencia se quedó sin poder ostentar ni una pobre escultura de uno de sus mas ilustres hijos. La ingratitud es casi siempre la que persigue á los grandes hom-

bres, y por un sarcasmo cruel de la fortuna su patria es la primera en disputarles cuando no negarles, la legitimidad de su gloria. Pero volvamos á Piquer.

El ilustre valenciano habia nacido y era amante del arte en todas sus manifestaciones. Cuando despues de su enlace con la noble y virtuosa señora, que hoy es su viuda, se propuso vivir entregado á las expansiones del trato social, hizo construir en su propia casa de Madrid, calle de Leganitos, el lindísimo teatro que lleva el nombre de *Liceo Piquer*. A él ha concurrido siempre una sociedad escogida. Reyes, príncipes y eminencias del arte han ido allí á admirar la laboriosidad, el incansable genio de su propietario y fundador. Los aplausos que resonaban allí arrancados por el talento de los buenos cultivadores de la música y del arte escénico, iban principalmente dirigidos al amable Piquer, que músico y actor, además de pintor y escultor, era el alma de aquella sociedad de jóvenes estusiastas por las artes bellas.

Aunque no fuera mas que por la fundacion de su *Liceo*, el nombre de Piquer ya seria imperecedero, pero debemos consignar su último rasgo que le enaltece hasta el grado en que se coloca á los patricios mas eminentes. La respetable fortuna que consiguió reunir con su talento y con su laboriosidad, no teniendo hijos á quien legarla, la ha dejado en usufructo á la que hoy llora su pérdida, á su inconsolable viuda; y á la muerte de esta, ha dispuesto pase á las academias de Bellas Artes y Española, con el noble objeto de crear premios en favor de los artistas y literatos que mas se distinguan por su talento, aplicacion y honradez. No es posible hacer mejor distribucion de las riquezas allegadas por el trabajo y por el genio unidos. ¡Llor eterno á Piquer que con tanta generosidad como delicadeza se ha despedido del mundo que admiraba su talento, elogiaba la bondad de su carácter, y se sentia cautivado por la amenidad de su franco y amable trato.

S. M. DE F.

EN EL ALBUM DE MI ESPOSA.

Si el album es un altar
Que á la belleza se ofrece,
Debe el esposo llegar
El primero á presentar
La ofrenda que ella merece.
Y pobres ofrendas son

Estos versos para tí:
Que espresarte mi pasion
Me es imposible, si aquí
No traslado el corazon.

El ver mi firma no asombre
Entre vates de renombre;
Pues si laureles no ciño,
Sabrá darle tu cariño
Gloria y valor á mi nombre.

Mustias se encuentran las flores,
Viene el sol tras la alborada
Les dá belleza y colores:
Así á los versos peores
Vida les dá tu mirada.

Quizás á espresiones puras
De amor conyugal, locuras
Los *hombres de mundo* llaman;
Porque sus pechos no inflaman
Sino pasiones impuras.

Ni su desprecio profundo
Me importa, ni su desden;
Mi dicha en amarte fundo;
Vivir no quiero en su mundo
Tan gastado para el bien.

Si cunde la idea fatal
De ver con alma glacial
Solo en la esposa una amiga,
No temas que yo la siga:
Formaré un mundo especial.

De ese mundo el firmamento
Y la luz serán tus ojos;
El aire tu dulce aliento,
Y yo aspiraré sediento
Aire y luz puesto de hinojos.

Con tu mirada luciente
Han de brotar flores tantas,
Que tejeré diligente
Coronas para tu frente
Y alfombras para tus plantas.

Los arroyos cristalinos
Llevarán ecos de amor,
Y las aves en sus trinos
De amor acentos divinos
Cantarán á tu alrededor.

Cuando la llares, de prisa
Marchará la alegre aurora;
Y una perfumada brisa
Nacerá á cada sonrisa
De tu boca encantadora.

La noche no ha de ser triste
En la mansion que tú huellas,
Que al manto oscuro que viste
Bastantes rayos le diste
Porque se alumbre de estrellas.

Si hay noches que en sombras velen
Cuanto alumbraba el sol del dia,
La vida entonces revelen
Los pensamientos que vuelen
Del alma tuya á la mia.

Cadena espiritual
 Une nuestros corazones,
 Y el cariño angelical
 De nuestra prole filial
 Cierra mas sus eslabones.
 Si llevo la mente osada
 A un mundo que ella se crea,
 Es porque juzgo menguada
 A mi pasion estremada
 A la region que me rodea.
 Y necesito creer,
 Para dar vida á mi sér,
 Que cuando el alma esté sola
 Como celeste aureola
 Tu cariño ha de tener.
 ¿Qué mortal es el que aplica
 Solo á vida transitoria
 Amor que Dios santifica?
 Este amor se vivifica
 Con mas pureza en la gloria.
 De fé católica llena
 Mi alma os adora, gran Dios;
 Mas permitid que sin pena
 A una esposa que es tan buena
 Adore despues que á Vos.

Javier Valdelomar,
 BARON DE FUENTE DE QUINTO.

LA MUGER Y LAS FLORES.

(CONTINUACION.)

Cirina recibió nueva vida convertida en roja amapola, que fascina los ojos sin causar la mas leve impresion en el alma. Flor inodora, su influencia en los sentidos no proporciona el verdadero placer; así como el amor de la materia, del cual es representacion, reporta solo el hastio y no la terrenal felicidad á que todos aspiramos.

VI.

LA DALIA Y LA CAMELIA.

La costa de Normandía es uno de los puntos mas amenos y pintorescos de Francia. El caudaloso Sena que atraviesa la capital del imperio, sigue su curso hácia el Noroeste para desembocar en el canal de la Mancha. En su tránsito riega los parajes mas deliciosos de la Normandía, deslizándose entre bosques frondosísimos, poblados de hermosas quintas de recreo y bellísimos jardines. En uno de estos últimos, situado á corta distancia del Havre, propiedad de un sábio, gran botánico, que si á mis lectores

place podremos adjudicar al conocido novelista Alfonso Karr, de quien se sabe tiene pasion por las flores; vivian felices en sus respectivas macetas de mármol, una hermosa Dalia y una no menos linda Camelia. La fraternidad entre séres de una misma naturaleza es cosa tan usual y tan propia, que no se extrañará si decimos que Dalia y Camelia eran dos íntimas amigas en aquel ameno vergel, donde vivian acompañadas de otras hermosas flores. Merced á la confianza que entre ellas existia, pasaban largas horas platicando en su lenguaje particular, se entiende, sobre todo aquello que, no perteneciendo á su vida vegetal, tenian ocasion de observar en otros séres que pertenecian al reino animal. Como ha habido quien nos ha comunicado sus espansiones, vamos á trascibir el diálogo que tuvieron en una hermosa noche del mes de Mayo, á la clara luz de la luna.

—Dígame, querida Dalia, decia Camelia en tono sentencioso, que aunque la Providencia nos ha dotado á nosotras de hermosura, nos ha imposibilitado de desarrollar nuestras facultades y de emplearlas en esa obra colosal que los sábios llaman civilización. Verdad es que en la sociedad hay ese otro animal bípedo de hermosa estructura tambien, que dicen coopera á la empresa de los que pretenden perfeccionar la humanidad. Pero se me antoja, querida mia, que ese bípedo que se llama muger no hace todo lo que debe y puede, y que si yo pudiera pasar de la vida vegetal á la animal y convertirme en muger, tenia que hacer mucho mas que ellas.

—Deliras, Camelia, contestó Dalia; yo no puedo estender mi pensamiento como tú por regiones que á las dos nos son completamente desconocidas; é ignoro de la misma manera hasta los principios orgánicos de eso que tú llamas sociedad humana, y que aquí solo conocemos por referencia. Pero desde luego creo, que el concurso de una individualidad mas en esa gran obra que dices han emprendido los sábios, aun prestándolo de buena fé, de poco ó nada serviria, y que al fin y al cabo te dejarías arrastrar por la corriente, ó tu perseverancia en el filantrópico proyecto habia de ser una virtud casi sobrenatural.

—Te equivocas de medio á medio, querida, repuso Camelia; para obrar bien solo se necesita voluntad.

—Y constancia, añadió Dalia.

—Convenido.

—¿Y tú aseguras tenerla para no separarte de tu buen propósito?

—Sí.

—Mucho decir es. No me arriesgaré yo á tanto.

—Lo malo es que tampoco podremos probarlo.

—Quién sabe.

—Es verdad.

Una Hada, de esas que habitan en los jardines, habia por casualidad oido la conversacion de las dos flores, y se acercó á ellas.

—Habeis manifestado, les dijo, deseos de pertenecer al reino animal en clase de mugeres: ¿qué hariais si yo os concediera ese gusto?

—¿Que qué haríamos? se apresuró á decir Camelia, emplear nuestra hermosura para ser felices y hacer partícipes de nuestra felicidad á otros. Con eso creo que se camina á la civilizacion por el buen ejemplo.

—Efectivamente. Ése es uno de los medios para que la civilizacion marche progresando.

—Y tú, Dalia, ¿qué harias?

—Señora, contestó Dalia, procuraria hacer eso mismo.

—¿Teneis firme voluntad de no separaros de ese buen camino, suceda lo que quiera?

—Firmísima, contestó Camelia.

—Yo no puedo asegurar lo que sucederia, añadió Dalia, porque es aventurado responder de lo que no se conoce, pero sí respondo de mi voluntad y de mi constancia.

—Me gusta mas tu modo de pensar, Dalia, dijo la Hada. En esa sociedad que deseais conocer se usa un refran que pocos tienen presente. *Nadie puede decir de esta agua no beberé*, dice ese refran, y en el fondo tus ideas significan lo mismo. Pero, en fin, prosiguió, hoy estoy dispuesta á conceder gracias: vais á ser mugeres; tened en cuenta vuestros propósitos, y no me arrepentiré nunca de haberos satisfecho en vuestros deseos.

Y tocando á las flores con su blanca vara, súbitamente se convirtieron en dos hermosísimas jóvenes.

A la mañana siguiente el ferro-carril del Havre trasportó á París á dos lindísimas aldeanas normandas, que, como otras muchas de su clase, iban á la capital á dedicarse al servicio doméstico. Eran Dalia y Camelia, á las que continuaremos llamando por sus primitivos nombres.

Las mugeres bonitas tienen su principal recomendacion en la cara; en todas partes se las recibe bien; así fué, que las dos primas, pues como tales se habian inscrito en la policia, estuvieron prontamente colocadas. Dalia entró á servir en casa de un eba-

nista del arrabal de San Antonio, y Camelia empezó á desempeñar la plaza de doncella de una señora de equívoca posicion, que habitaba en una elegante casa de la Calzada de Antin.

Desde entonces fué diferente la vida de las dos jóvenes. Dalia pasaba la suya consagrada á los trabajos domésticos de su cargo. Camelia, en el desempeño del suyo, llegó á ser la confidenta de su señora, porque todas las aventureras depositan su confianza y sus secretos en las que llaman sus doncellas. Vistiendo y desnudando á su ama se impuso en todas las misteriosas prácticas de tocador, y aprendió esas coqueterías insinuantes y seductoras que suelen emplear las mugeres de cierta clase para formarse una cohorte de adoradores. Dicho sea en honor de la verdad y de los buenos propósitos de Camelia, en un principio encontró mucho de inconveniente y de impropio en la vida y costumbres de su señora, y animada de los mejores sentimientos, le predicó una moral que aquella no podia comprender. Pero sucedió lo que casi siempre suele suceder en esos casos. Como el vicio es tan hermoso, tiene tanto atractivo, y por consiguiente influye tanto en la fragil naturaleza de la muger, la redentora pasó pronto á ser lo que ella se proponia que no fuera la que pretendia redimir. El ayuda de cámara de cierto conde, amigo de la aventurera, á la que visitaba con mucha frecuencia un consumado tipo del famoso Leoporello, dedicó sus homenajes á Camelia, que ya hemos dicho era una bellísima joven. El término que tiene el curso de amor entablado entre el ayuda de cámara de un D. Juan moderno con la doncella de una Dalila contemporánea, fácilmente lo comprende cualquiera. Empiezan por estudiar á sus amos, y concluyen por imitarles en todo. Camelia era al poco tiempo lo mismo que su ama; su corazon, que se habia abierto al incentivo del vicio, no estaba satisfecho con ser la reina de la antesala. Con poco trabajo logró llamar la atencion del conde, y sucedió que el amo desbancó al criado, sin que éste se apurase mucho por ello.

(Se continuará.)

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

REVISTA DE LIBROS UTILES.

LAS OBRAS DEL SR. D. TEODORO GUERRERO.

La verdadera ciencia está en la educación social, y no cabe la menor duda que la felicidad en la familia y en los pueblos proviene principalmente de su mayor ó menor grado de cultura.

En el siglo XVIII fué este un problema que ocupó á muchos sábios y dió motivo á la publicación de mas de un libro. Rousseau en su *Emilio* desarrolla un plan completo de educación, y por mas que no estemos del todo conformes con las ideas del filósofo ginebrino, no podemos menos de convenir que, en algunos puntos, ha presentado una solución bastante aceptable para partir de un principio cierto en tan importante empresa.

Desgraciadamente la educación social ha llegado hoy al mas deplorable estado de abandono; por eso merecen aplauso los que, como el Sr. D. Teodoro Guerrero, consagran sus tareas literarias á esparcir la saludable semilla de la moral cristiana, conjunto de todas las virtudes, para que fructifique en el fértil terreno de la infancia y forme hombres útiles á la sociedad y á ellos mismos.

Al dar á conocer las obras del Sr. Guerrero, siquiera sea ligeramente en una suscita revista, no nos mueve otra idea que la de hacer un bien á los padres de familia, á quienes recomendamos especialmente las que lleva publicadas con los títulos de *Lecciones familiares* y *Lecciones de mundo*. (1)

En ambos libros hay que reconocer una cosa, y es, que mas que obras didácticas, son un ramillete de olorosas flores, embellecido con los esmaltados cambiantes de una poesía inimitable. El Sr. Guerrero es profundo en el fondo; su estilo tiene tal galanura en conceptos y hasta en palabras, que el asunto mas sencillo, tratado por su elegante pluma, ejerce irresistible encanto en el lector que, al leer una página de cualquiera de sus libros, siente la necesidad de leer todas las demás. Lo mismo el niño que concurre á la escuela, que ese otro niño que es el hombre en edad proveccta, tienen consejos que seguir el primero, consuelos que aceptar el otro. Se puede decir con sobrada razón que el Sr. Guerrero no ha escrito sus libros solamente para los niños, porque en uno y en otro hay esa doble combinación literaria que

somete los asuntos lo mismo á la débil inteligencia del niño, que al maduro y concienzudo exámen del filósofo. Pero detellemos un poco su contenido.

El titulado *Lecciones de mundo*, que lo publicó por primera vez en la Habana en 1862, fué juzgado ya por la crítica imparcial de los Sres. Ariza, Fernandez Espino, Flores Arenas, Alba, Fernan Caballero y señora Gomez Avellaneda. A lo dicho por esos críticos, en cuya opinion estamos conformes, añadimos que, las *Lecciones de mundo* son propiamente un poema moral y filosófico que, con sus galas y su dulce entonacion embelesa al niño y hace sentir al adulto las mas tiernas emociones.

Su otra obra, las *Lecciones familiares*, publicada tambien por primera vez en el Nuevo Mundo, ha sido calificada con sobrada razón de *libro de oro para la niñez*, por la escritora cubana doña Luisa Perez de Zambrana.

Sus páginas son efectivamente de oro, y en ellas, dando pruebas de ser tan buen prosista como inspirado poeta, dirijiéndose á sus hijos, pero hablando con todos los niños y adolescentes en general, trata con discrecion y delicadeza suma, de la *virtud*, del *honor*, de la *bondad*, de la *hermosura*, del *respeto*, de la educación del hombre y de la muger, y de otros asuntos tan importantes como difíciles por lo manoseados que han sido en bastantes publicaciones pedagógicas. En todos ellos demuestra el Sr. Guerrero el mas fino tacto y un conocimiento magistral de las ciencias que forman la educación.

Un deber de conciencia nos obliga á confesar que el gobierno ha obrado con justicia señalando de texto las obras del Sr. Guerrero. Por ello merece un voto de gracias, y no dudamos que se lo concederán todos los que conozcan los dos libros de que nos hemos ocupado.

Otra prueba ha dado tambien el público que es el mayor elogio que puede hacerse de la bondad de las obras. En nueve años se han vendido seis ediciones de las *Lecciones de mundo*; y de las *Lecciones familiares* tres ediciones en menos de tres años. ¿No dice esto bastante en pró de las obras del señor Guerrero?... Pues compradlas, que poco dinero cuestan, y vereis que no es el favor, sino el mérito, el que ha alcanzado un éxito tan satisfactorio.

Salvador María de Fábregues.

(1) Se venden las dos citadas en la librería de los sucesores de Badal, plaza de la Constitución, á 6 rs. ejemplar.